

LAS VICISITUDES DEL COMUNISMO ESPAÑOL Y SU HISTORIOGRAFIA *

Por RAMON GARCIA COTARELO

Señala Fernando Claudín en el prólogo al libro de Estruch que la historia del PCE está necesitada de tratamiento serio y riguroso —todavía imposible, mientras el propio PCE no abra sus archivos a los investigadores— que ponga en claro las aportaciones de este partido a la historia de nuestro país. Esta observación refleja una realidad manifiesta: la historia del PCE está por escribir. Sin duda se trata de una empresa ardua por motivos diversos: en primer lugar, el escaso desarrollo que entre nosotros han alcanzado aún los trabajos monográficos históricos sobre un solo partido o corriente política; en segundo lugar, las dificultades que, de suyo, presenta todo intento de historiar cualquier partido comunista (dado el carácter cerrado, muchas veces secreto, de su organización, de sus mecanismos decisorios, de sus formas de financiación, etc.); en tercer lugar, el hecho, puramente español, pero de no escasa envergadura, de que, de los casi sesenta años de existencia del partido comunista, unos cincuenta hayan sido años de clandestinidad o de semilegalidad.

Por todas estas razones no es de extrañar que la documentación historiográfica sobre el PCE sea prácticamente inexistente; en realidad, nula. Si se excluyen algunos documentos de testigos presenciales (más o menos fidedignos), el libro clásico de Hermet (que más que un estudio histórico típico es de carácter politológico), hoy ya algo anticuado, únicamente nos resta la

* JOAN ESTRUCH: *Historia del PCE (I) (1920-1939)*, prólogo de Fernando Claudín, Barcelona, El Viejo Topo, 1978, 196 págs.; PELAI PAGÉS: *Historia del Partido Comunista de España*, introducción de Juan Andrade, Barcelona, Ricou/Hacer, 1978, 149 páginas, y FERNANDO CLAUDÍN: *Documentos de una divergencia comunista*, Barcelona, El Viejo Topo, 1978, 315 págs.

Historia del Partido Comunista de España, redactada hacia 1960 por una Comisión del Comité Central, obra que, más que una historia es, en sí misma, sugestivo objeto de historificación; lo mismo que sucede con las «historias» que son reflejo fiel de esta oficial (libros como el de Cesare Colombo, *Storia del Partito Comunista spagnolo*, etc.).

La inexistencia de trabajos históricos sobre el PCE ha contribuido a fomentar las creencias más dispares sobre el carácter que ha revestido el movimiento comunista en España; creencias teñidas, en la mayoría de los casos, de prejuicios políticos extremos. Así, mientras para un sector de la opinión conservadora y reaccionaria, el comunismo español está en la raíz de todos los males de la historia patria más reciente (se trata aquí de la famosa y pintoresca amalgama comunismo-bolchevismo-judería-masonería, que durante tanto tiempo sirvió de ideología legitimadora del régimen anterior), para otro sector de la opinión, de tendencia generalmente izquierdizante y no revolucionaria en exceso, el comunismo ha sido la única manifestación coherente del espíritu de renovación y progreso en nuestro país, así como del tesón resistente del pueblo en las etapas más negras de la represión: como una especie de realización histórica de los ideales regeneracionistas. Ambas opiniones, en realidad, venían a coincidir en un punto: el de conceder una importancia extrema al partido comunista en la historia más reciente del país y, fundamentalmente, en el período de la guerra civil.

Posteriormente, a tenor de los estudios independientes sobre la guerra civil, en especial a partir de los años sesenta, se ha ido abriendo camino una tercera hipótesis, menos lastrada de prejuicios e intereses políticos y muy crítica de la función que ha cumplido el PCE en el desarrollo de la revolución española. Esta tercera opinión, alimentada con obras como las de Broué-Témime, Bolloten, Borkenau (cuyo libro, editado en 1938, fue reeditado, traducido y difundido en los años sesenta), etc., apunta en el sentido de que, en efecto, el PCE ha tenido una importancia capital, pero no en la subversión revolucionaria —como pretenden los conservadores— ni en el afianzamiento de la «revolución democrática» o de la «república democrática de nuevo tipo» —como sostienen sus partidarios y simpatizantes—, sino, justamente, en la destrucción de la revolución española y en una obra vanamente restauradora de las instituciones estatales democrático-burguesas. Esta crítica al PCE durante los años de 1936-1939 —insatisfactoria, como trataremos de probar más adelante— pone de manifiesto la supeditación del comunismo español a las necesidades de gran potencia de la URSS y a las directrices contrarrevolucionarias del stalinismo y reivindica, en cambio, la memoria de aquellos grupos y tendencias que fueron neutralizados o aniquilados por el PCE durante la guerra civil, concretamente el POUM (como alternativa

marxista revolucionaria al PCE, capaz de superar la dicotomía stalinismo-trotskismo —Estruch—, los anarquistas y el sector de izquierda del PSOE-UGT.

Esta polémica no ha hecho más que poner de relieve con mayor agudeza la necesidad de acometer la obra de historiar el PCE desde sus orígenes hasta nuestros días, como medio, asimismo, de cumplir dos fines complementarios: a) Ilustrar y completar períodos esenciales en la historia de España; b) Entender en sus dimensiones auténticas a un partido actual que, a diferencia de algunos otros, reivindica su propio pasado como constitutivo de su presente (véase a este respecto los párrafos que su secretario general, Santiago Carrillo, dedica a la valoración de la historia del partido en su libro *Eurocomunismo y Estado*).

Dentro de esta necesidad, los tres libros en comentario vienen a rellenar importantes lagunas. Los libros de Estruch y de Pagés cubren, sustancialmente, la misma época (1920-1939 el de Estruch; 1920-1930 el de Pagés), época escasamente historiada en lo relativo al PCE (si acaso de modo complementario, en el contexto de obras más amplias, por Tuñón de Lara, Maurín, etc.; o bien por testigos, como los casos de Andrade, Bullejos, etcétera). El libro de Claudín se refiere a la crisis del PCE en los años de 1964-1965, y su importancia, más que residir en su valor «historiográfico» (ya Claudín ha mostrado su capacidad en este campo en su magnífica obra sobre *La crisis del movimiento comunista*), reside en su valor «histórico». Pero sobre esto se volverá más adelante.

Los libros de Estruch y de Pagés son dos importantes obras críticas de la historia del PCE, aunque de valor desigual. Probablemente Pagés haya realizado un esfuerzo investigador mayor y haya intentado utilizar con más intensidad las fuentes documentales —en la medida en que esto es posible—; los resultados, sin embargo, son, en nuestra opinión, inferiores a los conseguidos por Estruch, quien, aun basándose en lo fundamental en literatura secundaria y proponiendo con mayor frecuencia juicios y opiniones con justificación documental endeble, consigue mayor claridad narrativa y logra presentar una visión sintética más perfilada de los veinte primeros años de vida del PCE. Pagés parece depender en gran medida tanto de la historia del partido comunista de Juan Andrade, como de las informaciones suministradas por éste. Su libro demuestra una clara simpatía por la Federación Comunista Catalano-Balear y por los sectores levantinos, catalanes y maurinistas del partido; igual que la de Estruch la muestra por el POUM. No obstante, el libro de Pagés no consigue la misma claridad en la exposición y desarrollo de los acontecimientos que el de Estruch. Por otro lado —y ello no es secundario, aunque pueda parecerlo—, una composición absolutamente

catastrófica del libro hace que no exista una correspondencia clara entre las páginas y las notas bibliográficas que, sin embargo, se obstinan en aparecer a pie de... otra página, con lo que buscarlas es, a veces, una tortura; hubiera sido más sencillo reunir las al final del libro.

En cualquier caso, la imagen que de la lectura de los dos libros comentados se obtiene en lo relativo a los primeros años de existencia del PCE es la de una organización deplorable y confusa. Nada tiene de extraño que la «historia» oficial del partido pase fugazmente por esta época y la despache con vagas referencias y paráfrasis sin entrar siquiera en una enumeración de los secretarios generales que tuvo el PCE en los primeros años. Esta es la labor desmitificadora que cumplen los libros de Pagés y de Estruch. Todo en estos primeros años parece haber sido confuso: confusa fue la escisión del PSOE —y escasamente justificada en la situación española— y confusos los avatares del PCE prácticamente hasta 1934. La sucesión de secretarios generales —Núñez Arenas, César R. Rodríguez, Oscar Pérez Solís, José Bullejos— (nombrados y depuestos a raíz de las maniobras internas más inverosímiles y de la injerencia brutal de la Internacional en la «sección española») muestran en realidad —si se añaden sus colaboradores— una galería de personajes de escaso o nulo valor teórico e inexistente capacidad organizativa, cuando no carentes de integridad moral y de entereza revolucionaria (como en el caso de Oscar Pérez Solís, que de secretario general pasó a ejecutivo de la CAMPSA durante la dictadura de Primo de Rivera y a ideólogo de las JONS). En realidad, como se desprende de las obras comentadas, estos secretarios no dirigían la organización del partido más que nominalmente. Se limitaban a presidir un grupito de fanáticos (de 700 a 800 militantes durante la Dictadura, cifra reconocida hasta por la «historia» oficial, y unos 500 en toda España al proclamarse la República), sin ninguna incidencia real en el país, descontando algunos sucesos aislados en Vizcaya y Sevilla. La dirección real recaía sobre los delegados de la Internacional (Droz, Doriot, posteriormente Codovila; hasta Gramsci tuvo importancia en los asuntos españoles), quienes, por descontento, se limitaban a aplicar ciega y mecánicamente las elaboraciones «teóricas» de la Internacional comunista en España. La supeditación del PCE a las decisiones rusas en los mejores tiempos de la «bolchevización» (o sea, stalinización) parece haber sido total y haber reproducido los procedimientos que los soviéticos pusieron en práctica en otros países a través de su función hegemónica en la Internacional Comunista; es decir, que también en nuestro país se realizaban obedientemente luchas contra las desviaciones «derechistas» (por ejemplo, César R. Rodríguez y sus amigos, Lamonedá, etc.), lucha contra las desviaciones «izquierdistas» (por ejemplo, José Bullejos y sus amigos, Ada-

me, Trilla, etc.) y entronización del famoso justo «centro» stalinista, que jamás supo nadie en qué consistía exactamente, como no fuera en las necesidades coyunturales de la política exterior soviética. (Por cierto que en la «historia» oficial del PCE, que pretende ser un análisis marxista de la evolución del partido, se recogen todos estos mitos del «izquierdismo», el «derechismo», el «sectarismo» y la «línea justa», para disfrazar, como lo hacía Stalin, las luchas por el poder en el seno del PCE). Por lo demás, al igual que sucedía en el PCUS, en el PC alemán y en otros, solía también suceder que los triunfadores en cada uno de estas «luchas», esto es, los burócratas que se adueñaban del aparato del partido, desplazando al núcleo anterior, se ponían los zapatos de los vencidos y adoptaban como «línea justa» simplemente aquellas proposiciones que habían criticado con anterioridad.

Como cabía esperar de sus simpatías por el POUM, Estruch dibuja un PCE stalinista y burocratizado que, tras la etapa más disparatada, de 1931-1932, llega a consolidar el Frente Popular ya como un partido contrarrevolucionario cuyo interés, al comenzar la guerra civil, es mantener a toda costa las instituciones republicanas y frenar el avance de la revolución, impulsada por las otras formaciones de la izquierda proletaria.

Finalmente, el libro de Claudín, aunque se distancia considerablemente por la forma y el contenido de los otros dos comentados, tiene gran interés por varias razones: se trata de una obra que recoge los documentos de la polémica que enfrentó a Claudín, Semprún, etc., con la mayoría del Comité Ejecutivo del PCE en 1964. Esta polémica fue un momento crucial en la historia del PCE y ha demostrado hoy, catorce años después, que no se trataba de una crisis más de desviación «derechista» o «izquierdista» como las que el partido acostumbraba a poner en escena con anterioridad y ha continuado escenificando posteriormente. Por el contrario, dado el carácter de las personas enfrentadas, el tipo de discusión y el contenido de la misma, no hay duda de que la crisis de 1964 fue una *crisis de nuevo tipo* en el PCE, una crisis que no ponía en cuestión este o aquel aspecto de la línea política, esta o aquella manera de interpretar los textos clásicos sacros, sino que ponía en cuestión el modo mismo de hacer política en el partido comunista, la organización del partido, su estructura; una crisis que, a largo plazo (así lo ha probado la evolución de Claudín y alguna de sus obras posteriores, como *Marx, Engels y la Revolución de 1848*, donde se recogen sus reflexiones sobre el partido de la clase obrera), ponía en cuestión al partido mismo. En este sentido, el libro de Claudín es una respuesta magnífica a la crítica de Estruch y en general de los autores que ponen de relieve la burocratización, la ineptitud y el carácter conservador del PCE. El libro de Clau-

din recoge documentos que son una reflexión marxista lúcida, aun dentro del partido comunista, sobre los mecanismos de funcionamiento de éste; son una autoconciencia crítica del PCE. Que esta crítica estaba condenada al fracaso se ve de antemano por el hecho de que Claudín no aspiraba a sustituir a la *élite* dominante apoyándose en el descontento de otros grupos, poniendo de manifiesto la línea «errónea» de aquélla y sugiriendo, en cambio, una línea más acertada. Frente a la capacidad de intriga de la *élite* dominante y su habilidad para poner en marcha el aparato del partido al servicio de las posiciones propias, Claudín opone una imagen idealizada del partido revolucionario, abierto, democrático, etc., que no existe en parte alguna. Esta actitud, probablemente, explica la saña con que el equipo dirigente procedió contra los críticos en 1964, puesto que, evidentemente, la creencia en la propaganda se le puede perdonar a quien la padece, pero no a quien la fabrica. Lo iluso de la posición de Claudín —y, al mismo tiempo, lo que le presta su fuerza moral, indestruida hasta hoy— es que, precisamente, está criticando la falta de aquello a cuya decisión última recurre para validar su posición: la democracia en el partido. Dicho en términos más claros: la tesis de Claudín en 1964 era que las consignas del PCE (huelga general política, nacional pacífica, etc.) eran erróneas; estas consignas eran erróneas porque los análisis que sobre la situación de España hacia el PCE (residuos feudales, función real del capitalismo monopolista de Estado, carácter del desarrollo capitalista, necesidad de una «revolución democrática») eran anti-marxistas, falsos; estos análisis del partido eran falsos porque el partido se había apartado de la realidad, se había hecho optimista y subjetivista, sustituyendo el análisis y la consigna revolucionarios por la «frase revolucionaria»; la actitud general del partido era falsa porque, durante el stalinismo, el partido se había burocratizado y formalizado, se habían perdido los hábitos de crítica y de libre discusión (que, según Claudín en 1964, caracterizaban al partido leninista), porque el partido carecía de democracia interna y porque, en definitiva, cabría decir, llevando el pensamiento de Claudín a su conclusión lógica con alguna libertad, porque el partido había llegado a renunciar incluso al derecho burgués de libre examen. (Resulta realmente asombrosa la observación que hace Claudín de que, durante siete años, jamás el Comité Ejecutivo había contradicho al secretario general en asuntos de importancia una vez que éste había presentado sus conclusiones —nota 21, en la pág. 189—). Esta crítica a la incapacidad de los órganos del partido para generar un debate democrático que acuñe una línea política más acertada se somete, precisamente, a debate democrático de esos órganos, con lo cual éstos, al actuar como siempre lo han hecho, no democráticamente, dan la razón al crítico, muy a su pesar.

En este aspecto, el libro de Claudín tiene una gran importancia como documento de primera mano de la psicología de los partidos comunistas stalinistas y de los mecanismos de poder y controversia en ellos. Al mismo tiempo, constituye un documento personal de valor y, además, proporciona datos que, sin duda, serán de interés para quien pretenda acometer una investigación sociológica sobre el funcionamiento de los partidos clandestinos.

Debe señalarse, al propio tiempo, que el stalinismo de que Claudín acusaba al PCE en 1964 —a los ocho años del famoso XX Congreso— no era algo incubado en el partido comunista a partir de 1939. Aunque Claudín no lo dice en este libro —ello estaría fuera de lugar—, es evidente que el PCE era stalinista desde los años veinte; era stalinista en la República, en la guerra civil y en la posguerra. Por este motivo resulta aleccionador poner en relación los libros de Claudín y los de Pagés y Estruch, porque en el del primero toma cuerpo y hace crisis el proceso de formalización y anquilosamiento de que hablan los segundos en el PCE de los años treinta, etc. La esclerosis del marxismo a que se refiere Claudín en sus informes no es un fenómeno nuevo, producto de las condiciones especialmente penosas de la clandestinidad, la lucha ilegal y la represión; es, por el contrario, un proceso iniciado prácticamente en la misma fundación del PCE.

Lo que Pagés y Estruch ponen implícitamente de manifiesto es que la fundación del Partido Comunista Español-Partido Comunista Obrero Español y su posterior fusión en el Partido Comunista de España) fue un acto reflejo, eco de la revolución rusa y producto de una cierta inmadurez e impaciencia revolucionarias; un acto que apenas guarda relación con las necesidades nacionales reales y que ello queda muy de manifiesto en los primeros diez años, en los que el PCE arrastró una existencia precaria de grupito sectario. Así se evidencia también (tal en el libro de Estruch) durante la guerra civil, en la cual el PCE hubo de apoyarse en los sectores republicanos conservadores, en las Brigadas Internacionales, en la ayuda soviética y en la represión para anular a las otras fuerzas de izquierda. Este cuerpo algo extraño a la política nacional hace crisis precisamente en 1964, crisis reflejada en el libro de Claudín y que aún sigue sin resolverse. La solución que entonces se le dio fue del más neto corte stalinista: tras la expulsión de los «desviacionistas», la dirección se vistió el traje de éstos y acabó adoptando sus posiciones. Con todo, como alguna vez ha sucedido en estos casos, la tozuda realidad parece haber dado *a posteriori* la razón a Claudín sobre la dirección del PCE: la huelga general política-nacional pacífica jamás llegó a materializarse, como tampoco lo hizo la famosa «revolución democrática antifeudal y antimonopolista». Lo que ha habido, en el período de liquida-

ción del franquismo y de transición a la democracia (en cuyo período, irónicamente, ha cabido una función destacada al PCE), ha sido *exactamente* lo que Claudín preveía en 1964:

«Pero a la vista de los factores reales que hoy cuentan, de la actual correlación de fuerzas y su evolución probable, lo previsible es que la liquidación del franquismo se produzca a través de una serie de *fases, de cambios parciales* —impuestos por la acción de las fuerzas democráticas y por la acción de los liberalizadores y otros grupos— que desemboquen en un cambio cualitativo de la situación política. Una situación en la que, dentro del marco del capitalismo monopolista de Estado, las clases dominantes se vean obligadas a aceptar una institucionalización *democrática* del país, e incluso la participación en el poder de otras fuerzas políticas que no sean las del capital monopolista aunque éste conserve la hegemonía. Todo dependerá del nivel que alcance el fortalecimiento de las fuerzas obreras y democráticas y su capacidad de iniciativa política» (págs. 157-158).

Previsión que le costó la expulsión del Comité Ejecutivo, del Comité Central, del Partido Comunista y, finalmente, según se desprende de sus informes, una campaña difamatoria contra su integridad moral.

Por último, una observación respecto a la posibilidad de ampliar la crítica de izquierda del PCE al período de la guerra civil. Parece como si lo dicho anteriormente respecto al momento de incubación del stalinismo y el anquilosamiento de la democracia en el PCE (y, por tanto, de su carácter revolucionario) autorizara, sin más, a hacer extensiva la crítica al PCE, a la guerra civil y al período inmediatamente anterior. Así, al menos, lo entendemos nosotros. No obstante, Claudín se muestra cauto a este respecto en el prólogo al libro de Estruch. No parece aceptar sin más la validez de la extensión de la crítica. Sin duda, hay razones objetivas para tomar con reservas esta extensión. En efecto, existe un aspecto en la historia del PCE de 1932 a 1939 que no ha sido suficientemente aclarado por los historiadores críticos o izquierdistas, o que lo ha sido insuficientemente: ¿cómo pudo suceder que un PCE que en 1933 todavía era parcialmente un grupito sectorio, en el *lunatic fringe* de la política española, pasara en 1937 a ser el partido hegemónico en el campo republicano? No cabe argumentar aquí con la ayuda soviética (y el chantaje a ella amarrado), pues aparte de que ésta no hubiera podido vencer la resistencia de la CNT y de la UGT, *caso de haberse producido*, únicamente comenzó en firme cuando el partido ya estaba muy avanzado en el camino de la hegemonía. La ayuda soviética es

argumento que se utiliza para subrayar el carácter contrarrevolucionario del PCE a partir de 1937 (en especial, después de mayo y del vergonzoso «proceso» del POUM), cuando en realidad más bien debiera entenderse como la vía por la que el PCE perdió su ya escasa autonomía e independencia de criterio frente a los rusos. Hay en todo este debate una laguna importante que, de ser rellenada, contribuiría a aclarar puntos importantes: la falta de un estudio riguroso sobre la personalidad y las concepciones de José Díaz. En realidad, el período clave que debe explicarse —y donde la historiografía izquierdista es más endeble— no es el de 1937-1939 (cuando el PCE adapta su línea por completo a las sugerencias soviéticas), sino el de 1934-1937 y, muy específicamente, el de 1936-1937. El frente popular será la fórmula pequeño-burguesa y contrarrevolucionaria que aseguran los trotskistas, pero representa el triunfo de la política del PCE y el comienzo de su etapa hegemónica. La cuestión es: ¿cómo puede explicarse esta hegemonía desde el punto de vista izquierdista actual? ¿Cómo hacer compatibles la creencia en la corrección del izquierdismo de la UGT-CNT-POUM, etc., y el hecho de que el PCE, partido moderado, acabara imponiéndose en la realidad? Esta es la cuestión a la que la historiografía crítica del PCE, empezando por el libro de Broué-Témime, aún no ha conseguido responder. Por ello, se debe ser cauto en cuanto a la extensión de la crítica al stalinismo del PCE a todos los períodos, desde 1930 en adelante. Cabe pensar que, en realidad, la historia de la República es una historia de radicalización y desengaño: de 1931 a 1933 los socialistas salen malparados a los ojos de los trabajadores debido a su colaboración con los republicanos burgueses; de 1933 a 1934 los que quedan malparados son los anarquistas y la serie de aventuras sin perspectiva que provocan. Lo que se hace en 1936 es ensayar una fórmula nueva vinculada en todas partes a la política del partido comunista, y probablemente no sea excesivamente exagerado decir que, a los efectos del entusiasmo y del apoyo populares, las elecciones del 16 de febrero de 1936 superaron a las municipales del 12 de abril de 1931 y que, para las masas populares, en efecto, el Frente Popular implicaba una posibilidad compleja revolucionaria y democrático-republicana al mismo tiempo. Cosa distinta es, después, la observación de que el PCE dejaba el Frente Popular en manos de los partidos burgueses, o la de que el comportamiento posterior del PCE durante la guerra desmintió las perspectivas que hizo concebir en febrero de 1936. La primera es probablemente falsa; la segunda se limita a constatar un hecho inevitable: la supeditación del PCE a los rusos debido a la prolongación de la guerra civil. En todo caso, ello excede el ámbito de la pregunta cuya respuesta es aquí la importante, la pregunta de si realmente es viable la crítica izquierdista al PCE de 1934 a 1937.